

Antología de Leonardo Demian



Presentado por

Poemas del Alma 

Dedicatoria

A ti que lo lees, que dejarás que pase por tu vida un poquito de lo que va sembrándose en la mía.

También a ti, que has sido escrita alguna vez, perdida entre algunas de estas letras.

A quien tenga a bien obsequiarme su comentario, sea o no, lo mejor de sí mismo.

Agradecimiento

Gracias a Poemas del Alma en su sitio www.poemas-del-alma.com , por permitir la materialización de un deseo, y a su vasta comunidad que inspira, enseña y esparce este placer de escribir.

Sobre el autor

Leonardo Demian es el seudónimo de Carlos Betanzos Toledo, un mexicano amante de la palabra y de quien las aprecia.

Índice

De nacer a vivir

Nuevos días. (Fragmentos)

Sol

Primera lección de manejo

recuerdo de un mes de marzo

4 haiku

Tehuana mía.

Temo escribir

Bajo mi barba

Carta en flauta

Dame una ilusión mejor que tú

No le has llamado

Canto en la montaña

¿Dónde te escondes llorona? (Llorona No. 1)

Tengo en mis manos

seis y media

Me gusta estar desnudo

Tuyo es este sueño

una hojita perfecta

El día que dejé que se cayeran las hojas

Azul

¡qué clase de arlequín!

De nacer a vivir

Abrir los ojos

Respirar el primer aliento

Desprenderse del interior ajeno y comenzar a crear uno propio

Éramos nosotros mismos, pero por fuera

Era nuestro ser exterior

Percibir la existencia directamente del ser y no a través de la interpretación ajena

Comenzar a crear el ser que camina los caminos

Empezar a necesitar y a amar

Conocer la satisfacción y la saciedad

Ser en el mundo un nuevo libro, en blanco, con hojas de un cierto tamaño y una cierta textura para una historia que se escribirá con una, o varias ciertas tintas

Todo es nuevo, desconocido y antiguo

La luz que fue creada antes de ser vista

El aire que un día echó a andar y nunca se detiene, pero que algún día deja de estar

El llanto que enciende el corazón para empezar a sentir

La sed que se apaga con el primer calor amoroso

El temor de estar en un vacío lleno de todo a nuestro alrededor

Comenzar a extender nuestro ser para alcanzar y aferrarnos de algo

Para sentirnos seguros en un río que no lleva a ningún curso

Hasta que justificamos en logros y objetivos nuestro vagar

Y no sentirnos solos en esa soledad de desconocernos a nosotros mismos

Una soledad que no termina hasta que podemos reconocernos

Que, mientras, vamos paliando con el contacto con otros seres tan solos como uno mismo

Hasta que encontramos en un calor y una voz esa calma

Y la luz y el frío y el sonido y el vacío son detenidos por ese ser que ahora lo explica todo

Y ahora, como un barco en el interminable de lo existente, es nuestra compañía y nuestro faro

Un ser más allá de lo perfecto

Porque ningún origen es más perfecto que el propio

Como ningún destino podría ser el más adecuado

Nuevos días. (Fragmentos)

El camino delante mío no pareciera ser más llano que el ya recorrido.

Puedo ver a lo lejos nubes de tormenta, áridas montañas que me esperan, pozos oscuros y profundos en los que caeré, casi puedo oler el acre de los pantanos.

Sé que en todo ello habrá una sonrisa, un corazón, una mano, un abrazo, una palabra, tan circunstanciales como mi paso por el camino, e igual de necesarios.

Delante de mí está mi vida, detrás de mí, la vida muerta.

Sólo vive en el pasado quien se siente muerto en su presente.

Sol

Sol se desprendió de la copa de un árbol, donde duerme de vez en cuando.

No es un árbol en particular, tan solo uno que escoge si la noche le sorprende.

A veces salta de una copa a otra, como un gato buscando un buen regazo, y ahí se acomoda a dormir y soñar con largos viajes.

Sol saltó de entre las hojas del árbol y, aún en el aire, alcanzó a sacudirse el verde aroma que tenía enredado en los cabellos.

Cayó ligeramente sobre el campo, como lo hace el rocío en el viento, cuidando de no despertar a todos de golpe.

Un ave abrió sus alas y cantó para saludarle, luego batió el viento y se alejó en el cielo, iba cantando a las nubes que una niña venía a despertar los corazones.

Sol empezó a caminar y escuchó un murmullo, lo siguió y encontró al río, que corriendo sonreía y se alejaba y se escondía sin dejar de mirarle.

Sol le siguió el juego y, haciendo lo mismo, se fue río arriba, donde encontró a las montañas. Paradas de puntitas, para verse más altas, cerraban sus ojos y se bañaban en nieve.

Sol llegó hasta la cima, mientras aún canturreaba el murmullo que aprendió del río. Y ahí, en lo más alto, cerró sus ojos un momento, aspiró fuerte y reconoció los cuatro aromas; abrió de nuevo los ojos y miró las otras casas, vio el ave a lo lejos y empezó a dar largas zancadas para alcanzarle.

A su paso los pastos y hierbas se estiraban al cielo; el mar, adormecido, se arrebujaba, roncaba y se recogía en su lecho.

Las flores, soles de los campos, imitando su redonda sonrisa abrían sus pétalos; los hombres saludaban alzando las manos abiertas. Y las mujeres, que son flores entre los hombres, bailaban recordando su vuelo.

Sol iba dejando caer obsequios, eran besos y abrazos de colores, cantos y silbidos, infinitas sonrisas y guiños encantadores.

Cruzó andando todas las naciones y se enteró de todos sus nombres.

Se metió en las casas y, escondida entre cortinas, probó los pasteles, jugó con las mascotas y acarició las mejillas de niños pequeñitos.

Un hombre viejo, que estaba sentado frente a su casa, vio a Sol pasar saltando por su calle, le tocó una cancioncilla de juego con su flauta y Sol la guardó en su bolso, junto a los aromas, murmullos, cantos, nombres, sonrisas y bailes.

Caminó largo tiempo y llegó lejos, hasta un bosquecito en donde escuchaba risitas. Entre los árboles vio pequeñas luces, que brillaban y se apagaban como diciendo adivinanzas. Sol supo que eran pequeños soles, que era la hora de reunión de las luces.

Arrojó lejos su manto escarlata y se vistió de noche, recorrió, como siempre, las copas de los árboles, encontró donde poder estirarse y ahí, recostada, alzó los ojos y empezó a platicar su viaje y escucho, también, las historias de otros soles.

Primera lección de manejo

Un hijo miraba sobre el hombro de su padre mientras conducía, interesado en su mirada fija en el camino. Al rato pudo preguntarle por sus pensamientos; el padre, lentamente, fue contestando lo siguiente:

- La vida es un vehículo construido por uno mismo, su capacidad y equipamiento está determinado por lo que agregamos en cada mejora.
 - Alguna vez tu vida será un compacto, otra un superdeportivo, alguna vez necesitarás algo más grande y seguro. Yo quisiera un tren.
 - El asiento del piloto en tu vida es tuyo, no dejes que nadie maneje tu vida, no les des esa responsabilidad, esa ventaja, esa carga.
 - Cuando conduces tu vida, nunca miras hacia atrás, es peligroso; únicamente atiende el reflejo en los espejos sin desatender el camino delante.
 - Es necesario un copiloto, hará ameno el camino, tal vez lo conoce mejor que tú, o aún mejor, lo descubrirá contigo, verá las señales que no veas.
 - Eres responsable de quien aborda tu vida, aunque sea breve su estancia.
 - También serás pasajero y copiloto en otras vidas, respeta el lugar que se te da, el vehículo en que vas y ayuda a que el viaje sea grandioso.
 - Nunca manejes cansado; si al conducir tu vida lo necesitas, oríllate, descansa, estírate, respira y toma una fotografía del paisaje, luego continua.
 - Es justo pensar que hay mejores pilotos y mejores vehículos, o peores, pero es de conducir tu vida de lo que debes ocuparte.
 - No te preocupes por tener un destino, tan solo ponte en marcha y disfruta el camino.
- Después de un silencio el hijo se reclinó en su asiento y comenzó a contar a su padre un sueño.

recuerdo de un mes de marzo

Es de noche, no había notado el frío, no había notado las sombras. Atravesé la ciudad pensando sin hacerlo, vagué derrumbado y llegué a casa, donde solo estoy sin querer estar y al llegar no era yo mismo. No había notado la soledad, ni mi miedo a ella, soy el único que no lo había notado ya.

Al fin cesó el ruido, al fin se calma el mundo cercano a mi y, entre sombras, bajo la noche, rodeado de esa misma soledad, me doy cuenta de cuanto necesito de ti, cuanto te echaré de menos, cuanto iré muriendo hasta verte volver, cuanto no podré esperar antes de correr a ti, cuanto seré feliz de amarte siempre. Cuanto me consolaría estar muerto.

4 haiku

plácida ola
la playa excitada
deja con calma

anda la sombra
buscando los colores
quiere ser luz

miel y vainilla
incienso de mujer
altar del cielo

es dulce vino
ese que bebe el mar
de la luz lunar

Tehuana mía.

**Habrás visto bouquet más genuino,
o un danzar con tan dulce arrojito;
que torne un hombre en un despojo,
anhelante de tal amor divino.**

**Rostro coronado, celeste brillo,
flores en el pecho y el regazo,
sonrisa amplia, honesto abrazo.
Tehuana de elegante capricho.**

**Aspiro tus aromas de colores,
enamorado de ti, mi princesa
a quien llamo Xunca de mis amores.**

**He nacido con el alma presa,
así bendecido entre los hombres,
pues amarte es mi mejor proeza.**

Temo escribir

Temo escribir,
pues podría escribir de ti
Temo que, inesperado,
aflore tu nombre en un verso;
Como inapropiado suspiro
que escapa ante el altar,
Como un relámpago
en la pureza del claro cielo,
Como pesadilla
en una noche de calma.
Temo que describa tus labios
y la muerte diaria de besarlos,
O el eterno morir
de hoy no encontrarlos.
Temo que sean tus piernas
los caminos que refiera,
Que los recorran mis palabras
y mis labios les sigan prendidos.
Ya no pueden, libres de tu fina sombra,
cabalgar en la prosa mis pensamientos;
Ni de tu retrato y tu única carta
pueden mis suspiros volar mas lejos.

Bajo mi barba

Construcciones de madera o cartón,
pelotas de hule y cochecitos de latón,
libros de cuentos y manuales de magia,
muñecos de héroes llenos de audacia.

Los juegos que jugaba de niño,
las risas, los cantos y mis amigos,
los moretones y las cortadas,
las travesuras y bromas gastadas.

Nada ha quedado en el olvido,
están escondidas bajo mi barba,
porque son mías las llevo conmigo.

A veces observo la preciosa carga,
en mis adentros vuelvo a ser niño
y ya no hay penas, problemas, nada.

Carta en flauta

En un silbido de flauta regresan tus imágenes, tu voz completa la tonada y la suavidad de tu andar hace su danza. Se adorna barroca la tarde, si recuerdo tus cabellos al viento. Y entre cada nota encuentro tu voz desesperada, cortada, jadeando, bañándome en tu aliento.

Vivo tocando junto al fuego, soplo cada letra de tu nombre y en la última nota el fuego palidece, junto a mi alma cualquier hoguera no quema, lo que arde es la estrella que encendiste en mi con tu primera entrega.

Dame una ilusión mejor que tú

Dame una ilusión mejor que tú
A ver si es que puedes
Échame al viento
Si no

Pues dices que hay estrellas
Que hay una para mi
Y lo merezco
Pero no tú

Quitármelo todo sin piedad
Y darme esperanza
De ser feliz
Sin ti

Dame una ilusión mejor que tú
A ver si es que puedes
Échame al viento
Si no

Dices que hoy tienes todo
¿porqué te engañas?
Que haces tu gana
Sin mi

Sabes que estás incompleta
Cómo en tus noches
Te falta el sueño
Falto yo

No le has llamado

-No le has llamado,
Me susurra la voz interior
-es que tienes miedo,
de que tenga razón.

Que el amor se muere,
que de no cuidarlo se va
marchitando, que la luna
no dura más que la noche.

-sabes que es cierto,
la luna se ha ido a otro cielo,
y una flor que se va marchitando,
resucita en un suelo más sano.

-¿Qué ha sido de ti? ¿Qué haces?
Una parcela sin vida no sirve,
la tierra sin lo verde no vive,
sólo ardiendo puede volver.

Será de las cenizas,
las que dejan las penas,
que de ilusiones ha de brotar
una nueva calma para sembrar.

Con los recuerdos de vivirla, todos,
podré despedirme al fin de sus ojos,
cerrarle en un dulce adiós sus labios,
dejar mi voz rota en prenda de los años.

-Es la hora, la noche indicada
para que la luz llegue a tu sala,
que limpie el viento tu mundo

y te cambies el manto de luto.

Canto en la montaña

Al fin había alcanzado la piedra más alta en la montaña, la que señala el fin del camino tierra adentro desde el mar de oeste. Desde ahí podría mirar hacia todos los cielos y sabría donde estaba. Nada mal después de haber pasado tanto tiempo perdido.

La noche había caído hacía horas, tres quizá, el aire soplaba fresco y suave, traía desde las laderas distintos aromas y, entre ellos pudo notar un aroma de hogar, su hogar, ese lejano lugar donde quedó su calor y el regazo que a éstas horas era su calma. Un aroma de miel, vainilla y café.

Cerró sus ojos, de pie sobre la piedra, aspiró muy profundo, queriendo que ese aroma que cruzaba los mares llenara todo su interior. Y así, imbuido su ser, improvisó esta canción:

Vuelvan mis rezos a ti,
en mi voz vuelen los besos,
que abriguen tus noches mis sueños.

Se abren anchos los caminos,
los surcos de mi nave aún dibujan las olas,
señalan donde quedó mi calma.

Mucho habrán hecho mis pasos,
la hierba aún se recuesta en la tierra,
conmovida, pues le conté de tu amor.

El viento mensajero incansable,
me trae amistoso la esencia de tu hogar,
que te lleve la calma de mi bienestar.

Y a través de los paisajes,
mi amor va de ida y vuelta hacia ti,
con mi cariño y anhelo de volver.

Duerme y sueña mi voz,
vuela etérea hacia esta montaña,
y yace en mis brazos que te aman.

En su último verso ya se había recostado en la piedra, olvidando el frío y la soledad. Volvió a abrir los ojos y miro que una estrella violácea le hacía guiños, a cada uno él sentía que su amada le besaba y así, al fin, durmió en lo alto de la montaña.

¿Dónde te escondes llorona? (Llorona No. 1)

¿Dónde te escondes llorona?
¿Porqué no eres mi tormento?
olvidaste que fui tuyo completo.

Me han contado que gritas,
en busca del espíritu mezquino,
¡aquí estoy! ¡Llévame! te suplico.

He caminado junto a cada río,
buscándote en aguas y cielos,
acudiendo a calmar tus lamentos.

Andas vistiendo un nuevo velo,
el de la noche y el de los sueños,
a mi me dejaste el frío del destierro.

Se me acaban los pasos y la voz,
me quedan muy pocas letras y tinta,
¡ya no andes, princesa sin vida!

Quiero que me des tu más frío abrazo,
que promete llevar mi alma al inframundo,
no soy de esta tierra, todo es muy oscuro.

El día que me fui, dejé mi vida,
a tu huipil y tu falda prendida,
tus flores bordadas con mi fragancia.

Y es que, Llorona, no he sido el mismo,
desde que conocí tus labios, alucino,
ni las nubes son suaves como tus senos.

Me han condenado en el pueblo,

de loco, enfermo y maldito no paso,
de noche y de día imito tus cantos.

Tengo en mis manos

Tengo en mis manos un vacío, lleno de lo que he entregado siempre a medias.

Es un latido congelado, en espera de un golpe o una llamada que le permita terminar de latir.

Es la voz en grito ahogado profundamente en el silencio del aire, apenas susurrando un nombre equivocado.

Es una mirada al cielo, un rezo al mar lejano, una flor que flota sobre las aguas de un río salvaje.

Es mi última carta que nunca será leída, mis últimas letras que se pierden en un fondo azul insensato.

Es una mirada que se gira dejando de verme o, quizá, otra que viene hacia mí, pero está perdida.

Es tiempo que corre y se escurre de mis manos, pero se aloja todo en mí, gota a gota llena lo que se ha ido, sin desalojarlo del todo, a veces, recordándomelo a cada instante.

Es lo que no será para siempre, pero siempre es a medias.

seis y media

escarbé las cenizas y colillas de cigarro, con las que contaba el tiempo
al fondo de las botellas vacías, pise los trozos de vidrio de los vasos rotos
me llamé a gritos en el silencio del teléfono desconectado
no me encontré, ni detrás de mi reflejo en la oscuridad de un monitor
supe que no estaría colgando de las llaves pegadas fuera de mi puerta
me he buscado por todas partes de mi casa y de mi propio cuerpo
no me encuentro ni en mis pensamientos, ni en el deseo de encontrarme
los relojes se han detenido todos
las vitrinas no lucen más colores que las sombras de lo que he bebido
ya no se si es aire lo que respiro o si es que me hace falta siquiera
abro y cierro los ojos, siempre en el mismo día que no amanece ni anochece
justo cuando me he cansado de buscarme o, más bien, me he olvidado de hacerlo
miro los relojes detenidos, todos en la misma hora y apuntando al fondo de sus carátulas
ahí, debajo de las manecillas, es precisamente donde me encuentro varado
no supe de donde he caído ni como fue y veo la esperanza de seguir andando detenida sobre mi
cabeza
trato de dar una paso hacia un minuto más en mi vida y es un paso que me cuesta más que ningún
otro minuto vivido
como si fuera contra corriente o contra el tiempo, que me dice que ya no me corresponde, que he
muerto ya
y antes de siquiera despegar un pie del suelo me doy cuenta que después de este minuto vendrán
muchos más
que no estoy listo para seguir, que ni siquiera estoy de pie, que los relojes no andan más para mi
que se detuvieron y no hay nadie quien pueda darles cuerda
y dejo caer mis últimas fuerzas, dejo que se pierdan saliendo en un último aliento
cierro mis ojos y mi cuerpo a la vida y dejo que mi cuerpo caiga sobre si mismo
detengo las ideas y los recuerdos, todo es silencio, frío y muerte a mi alrededor
de pronto, en mi garganta brinca un sabor amargo seguido de un dolor como agujas
y en mi pecho empuja desde dentro un latido fuerte, molesto, iracundo
siento la sangre golpearme la cabeza y sin quererlo abro mi boca, tragándome un grito
un aliento que grita hacia dentro de mi, que me levanta de un salto y ciega mis ojos
estoy de pie, al borde de una elección, al borde de un salto sobre un cuerda floja
y salto, hacia un minuto más, mientras caigo miro las horas que vienen
se que volverán a detenerse los relojes, volveré a olvidarme de mi, a perderme,

a pararme en la cuerda floja y volveré a obligarme a tomar una decisión
que podré acabar mi vida en otro momento o saltar hacia un minuto nuevo
y salto
hacia una vida que no conozco, que no es la misma, que es una nueva hora
que no es momento de un punto final;

Me gusta estar desnudo

Me gusta estar desnudo

Conservo el temor y la vergüenza, desaparece la ira, mi amor se presenta franco y puro

Mi mirada se torna humilde, mi orgullo también se desnuda

Queda lo que hay, ni más ni menos

Me gusta estar desnudo, en la desnudez que compartimos

La desnudez de las miradas, las caricias, las respiraciones, la agitación, los murmullos y los gritos

Me gusta estar desnudo ante ti, siempre me siento desnudo ante ti

En un mensaje, en tu voz, en tu silencio y en los días que no me escribes

Me gusta porque así he llegado, así me iré y, congruentemente, así quiero vivir

Desnudo ante ti, pero vestido en ti

Tuyo es este sueño

Estás en un sueño,
soñando la brevedad del tiempo,
soñando la fragilidad del espacio.
En este sueño
haces del mundo tu patio de juegos,
iluminando las sombras que vas cruzando.
Caminas sobre olas,
bailas entre palacios
y nadas en estrellas.
Tuyo, nada más, es este sueño,
en que has hecho tuyos mis recuerdos,
mis deseos y mi amor.
Nada más tienes este sueño,
del que despertarás para soñar uno nuevo,
para hacer tuyos nuevos sueños.

una hojita perfecta

Cae una hoja de un árbol.

No es una hoja seca o marchita, en realidad es verde, nueva, apenas un brote.

No se han definido su nervadura ni su fragancia, si es que la tiene.

Se ha soltado de la rama, así no más, apenas al primer rayo de sol.

Es como si hubiera estado esperando el momento del brote para, de inmediato, dejarse llevar por el viento; como si llevara mucho tiempo ahí, esperando, formándose a sí misma sin saber que era.

Pareciera que estuvo soñando con el mundo, con la vida, con esa caída que es inevitable, con el baile al que el viento la llevaría.

Quizá sintió miedo al momento de soltarse, quizá por un muy breve instante quiso volver a sujetarse y no apartarse hasta estar bien lista; quizá, pero quizá también, ahora que vuela por el aire y surca una finísima sombra en el suelo, quiera volver a soltarse, una vez, y otra, y otra más, tan solo para revivir ese nacimiento; quizá.

Esa hojita, tan nueva y fresca, tan impulsiva y ligera, tenía que aprovechar esa precisa ráfaga; porque la reconoció cuando recién la estaba tocando. Sin duda, esa ráfaga de viento era su momento de nacer.

Ahora está de viaje, cayendo a donde tiene que caer, cayendo hacia el misterio que debe revelar, estará ahí, entre todas las demás hojas caídas, brillando y atrayendo por su peculiar juventud.

Pudiera ser que en el viaje cambie, un poco de algo y un mucho de poco, casi seguro que cambiará, pero será la misma hoja nueva que decidió cuándo quería soltarse.

Será una historia que, de entre todas las demás historias, decidió escribirse en el momento que más le pareció perfecto. Será, así, una hojita perfecta.

El día que dejé que se cayeran las hojas

El día que dejé que se cayeran las hojas de los cuadernos fue el mismo día en que deje que las tazas de café quedaran sin lavarse, el brazo de la guitarra comenzó a curvarse en la esquina donde la olvidé a propósito, la lluvia oxidó las bisagras de las puertas y dejé de escuchar el timbre del teléfono, que nunca volvió a sonar.

El cenicero quedó resguardando las últimas 21 colillas de cigarro que le obsequié, guardó el olor amargo, húmedo, como de entierro, de mis inútiles horas a su lado y el calor que ya no transmitirá a mi pierna derecha.

Con el tiempo dejé que las tardes corrieran fuera de mis ventanas, que ardieran con los medio días más calurosos de todos los años, que azotaran los atardeceres más dorados, que las lluvias se desgarraran contra los cristales que no se abrirían; las noches apagaron incontables bullicios de ciudad, escándalos de barrio, ferias y músicas, y apagaron a la gente que se hartó de buscarme, de esperar que asomara mi esperanza a la calle, las noches secaron las plantas bajo mi ventana y trajeron hierbajos al tejado para mirar como hubo y luego no hubo más lunas visitando mi casa; los amaneceres olían a cualquier otra hora del día, no se servía café, ni rebanadas de pan untadas de miel de abeja, ni frutas.

Mi sombra fue lo último que dejé, encerrada entre las sombras de recuerdos, maldiciones lanzadas al aire, lagrimas secas en la alfombra y risas estampadas en los tapices y los muebles y las fotos y los libros y los sueños y deseos que solo una almohada recuerda.

Cerré la puerta con todas las llaves que pude, las que fui tirando en el camino, mientras recogía abrazos desconocidos.

En casa dejé una naturaleza muerta que apenas visualizo cuando cansado de caminar me tiendo en la banqueta, y tiro fuerte un poco del cielo hacía mis ojos y escondo mi frente quemada al sol con el brazo izquierdo.

Tomo la moneda que engrandece el espíritu del samaritano por unos minutos, unas cuerdas, hasta que se encuentra con el siguiente vagabundo, me aseguro de ser siempre el primero que vea ese buen samaritano.

Nombro uno por uno a todos quienes me han amado, recuerdo cómo me han amado y les amo entonces, desde mi desvarío de dejar de contar el tiempo y las facturas, desde mi capricho de hacer lo quiero a partir de lo que puedo; les veo sonreír como nunca lo hicieron y les sonrío como nunca me verían hacerlo si no hubiera dejado de estar cuerdo.

Azul

Me he despertado con la piel azul.

Todo aquí, donde desperté, es azul.

Hay una ventana azul con un cielo azul.

Hay un aire azul que, de respirarlo, lo siento hacerme azul por dentro.

Hay un frío azul haciendo azules las gotas en mi rostro.

Hay una música azul que, a cada acorde y a cada movimiento, se vuelve más azul.

Tanto.

Como la noche más azul.

Y lejana.

Hasta la voz que canta es azul, oscuro, aterciopelado, como un dolor azul que lo habita todo.

Acero, azul también, en un jardín azul, con dos genios azules que, en la distancia azul de lo que comprenden y lo que no, me miran y sonríen, azules y ajenos.

Azul es este día, frío, nublado, cerrado, lejano, pesado, cortante, asesino.

Azul tu distancia.

Y silenciosa.

¡qué clase de arlequín!

*¡qué clase de arlequín! cambias tu máscara y tu nombre;
encantas, sonríes, juegas y te quisiera de cabeza.
Cambias tanto que, cuando puedo pensar,
me confundo pensando si eres amor o solo dolor.
Vienes a veces o, más bien, a veces te veo venir
o, aún más, a veces quiero que vengas.
Hace tiempo te extrañaba,
hace tiempo quería decirte que te agradecía,
hace tiempo que no te veía,
ahora debo decirte que te extrañaré de nuevo.*